

¡Ah! Ya os lo hemos dicho y no cesaremos de repetirlo : las virtudes del predicador no hacen las virtudes de un pueblo, sino las virtudes, las buenas disposiciones del pueblo son las que dan el éxito al predicador. Si fueseis lo que debéis ser, humildes, dóciles, ávidos de recoger la semilla de la divina palabra, vuestras disposiciones suplirian la habilidad que nos falta. La semilla divina, al caer en una buena tierra, daría frutos abundantes; pero mientras seais vanos, frívolos, disipados, orgullosos, corrompidos, endurecidos, determinados, obstinados contra todo lo que podría conmoveros, penetraros de compuncion y convertiros, la semilla divina, en un terreno tan miserable, tan seco, tan duro, tan lleno de abrojos, aunque fuese esparcida por la man y con el espíritu de los Apóstoles, no fructificaria jamas.

Hagamos, pues, por ir á oír los sermones con las disposiciones necesarias, de llevar un corazon dócil y lleno de sinceridad, un ardiente deseo y una afeccion verdaderamente piadosa. Hagamos por que la semilla divina caiga en buen terreno y bien preparado : *In terram bonam*. Sólo así será pronta la germinacion y bueno el fruto. Para un alma sincera y fiel, no hay discurso inútil. Dios habla siempre para quien quiere escucharlo. El Espíritu Santo hará lo que el hombre no puede hacer ; dirá en secreto lo que el hombre no puede decir. El más mediano predicador será con tales oyentes un apóstol y un profeta, y entónces la santa predicacion será para cada uno de nosotros una semilla que fructifica, una antorcha que alumbra, una doctrina que instruye realmente, un elemento que sostiene, una bebida que restaura, un bálsamo que da la salud, una llama que, destruyendo todo lazo profano, encenderá en nosotros el fuego del amor divino, y nos asegurará la beatitud prometida á los que escuchan con docilidad, conservan cuidadosamente y cumplen con fidelidad la palabra divina : *Beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud*.

VIGÉSIMA SÉTIMA HOMILÍA.

PARÁBOLA DE LA LEVADURA,

Ó LA GRACIA.

Quorum os locutum est vanitatem.... Beatum dixerunt populum cui hæc sunt. Beatus populus cujus Dominus Deus ejus. (Ps. cxliiii.)

Cuya boca habló vanidad.... Bienaventurado han llamado al pueblo que tiene estas cosas : bienaventurado el pueblo que tiene al Señor por Dios.

Los partidarios del mundo son tan estúpidos en sus juicios, en sus máximas, en sus ideas, como corrompidos é injustos en su conducta. En efecto, ¿quiénes son esos que los mundanos admiran, envidian, sirven, respetan, alaban y honran? Los hombres rodeados de lujo, colmados de riquezas, entregados á los placeres ; los hombres elevados en dignidad, en poder ó en autoridad. Á éstos les llama el mundo seres privilegiados, favorecidos de la fortuna. Á su presencia el hombre del mundo siente en su corazon la envidia por la posicion, un deseo importuno de sustituirle, de ser lo que el otro es á sus ojos. ¡Ah, dice, qué dichosos son éstos! ¡Hé ahí la felicidad! *Beatum dixerunt populum cui hæc sunt!*

¡Pero, engañosos pensamientos! dice el Profeta. ¡Vanos aplausos! ¡Estúpida admiracion! ¡Insensato lenguaje! *Os eorum locutum est vanitatem!* El hombre verdaderamente digno de envidia, verdaderamente afortunado, verdaderamente dichoso, es el que está en gracia de Dios, que pertenece á Dios, y cuya sola riqueza, cuya sola gloria es Dios : *Beatus populus cujus est Dominus Deus ejus*.

Esta importante leccion sobre el precio único, imperecedero de la gracia, esta leccion que el Señor nos habia dado por medio de su Profeta, ha querido de nuevo inculcarla por la parábola de la levadura. Porque los efectos producidos en la masa por la levadura expresan precisamente todos los efectos que debe producir en las almas la gracia del Redentor. Vamos, pues, á estudiar hoy en esta parábola todos esos maravillosos é inefables efectos de la gracia. Verémos cómo ese fermentador celeste, introducido y esparcido en nuestros corazones por medio de los sacramentos, nos trasforma, nos hace verdaderamente dichosos; y si tenemos la dicha de poseerlo, lo conservaremos con la más vigilante solitud; y si nos falta, emplearemos todas nuestras fuerzas para adquirirlo.

PRIMER PUNTO. El Salvador del mundo estaba un dia sentado en la popa de la barca de Pedro, en la ribera cerca de Capharnaum. Los discípulos rodeaban al divino Maestro, y sus palabras las escuchaba con atencion el pueblo que habia acudido. Entónces fué cuando el Señor propuso y explicó diversas parábolas en un mismo discurso; semejante, dice San Jerónimo, á un hombre opulento que presenta en una misma comida variedad de manjares, á fin de que cada cual tome y se regale con los que sean más de su gusto y más á propósito para su temperamento (1).

Entre esas parábolas, de las cuales hemos explicado algunas, y con la ayuda de Dios esperamos explicar las demas, propuso la de la levadura en estos terminos: «Semejante es el reino de los cielos á la levadura que toma una mujer, y la esconde en tres medidas de harina, hasta que todo queda fermentado» (2).

Hemos podido ver que el reino de los cielos de que el Salvador habla á cada página de su Evangelio, es su doctrina, su ley, su culto, su Iglesia, su religion, en una palabra, Él mismo en sus relaciones con el hombre de la tierra para conducirlo al cielo; de manera, dice San Hilario, que en esta parábola, es su gracia, es el mismo Señor que se compara á la levadura (3). Y en efecto, añade San Ambrosio, si el Señor es el trigo, el trigo de los ele-

(1) Quasi dives pater familias invitatos diversis reficiens cibis, ut unusquisque secundum naturam stomachi sui varia alimenta suscipiat. (S. Hierom.)

(2) Simile est regnum coelorum fermento quod mulier abscondit in farinae satis tribus, donec fermentatum est totum. (Matth., XIII.)

(3) Fermento hic sese Dominus comparat. (S. Hilar.)

gidos, como Él mismo se llama en las Escrituras, es tambien la levadura, puesto que ésta se hace con aquél (1).

¡Oh, continúa el mismo santo doctor, cuán justa es esta comparacion que el Señor hace de Sí mismo con la levadura! Esta es una porcion de masa, pequeña en extension, simple por su naturaleza, abyecta en apariencia. Cuando se mezcla á otra cantidad de masa, despliega una fuerza, una actividad maravillosa, y la penetra, la trasforma y la convierte en lo que es ella. Así el Señor, no siendo en apariencia más que un hombre pobre, débil, humillado, perseguido, escarnecido, crucificado, apénas fué mezclado, levadura divina, con las tres medidas de harina, es decir, apénas hubo esparcido y como ingerido su religion en las tres razas principales descendidas de los tres hijos de Noé, que forman la masa del género humano, operó por la virtud oculta, pero poderosísima, de su gracia un cambio maravilloso; quiso que los hombres fuesen lo que Él era, los trasformó en Él mismo, y desde Jesucristo y por Jesucristo los hombres fueron cristianos, no solamente de nombre, sino por las costumbres (2).

Ademas, notad, dice San Ambrosio, que la harina se compone de una cantidad infinita de pequeños glóbulos sin cohesion; pero apénas se mezclan con la levadura, la masa forma un cuerpo sólido; y lo mismo los hombres que estaban entre sí divididos por el interes y las pasiones, dispersados en la vasta superficie de la tierra, apénas oyeron la narracion de la pasion y muerte de Jesucristo, apénas obtuvieron las ventajas y las gracias unidas á su santa religion, se encontraron unidos por los lazos de una misma fe, de una misma ley, de un mismo culto, de un mismo amor, y formaron una masa sólida, compacta, homogénea, en una palabra, la sociedad cristiana, la Iglesia, que es el cuerpo místico de Jesucristo (3).

¿Pero quién es esa mujer que ha mezclado en la masa de la

(1) Si triticum est Dominus, et fermentum est; quia fermentum non nisi de tritico fieri solet. (S. Ambros.)

(2) Ita Dominus cum se cœpit per totum orbem divinitatis suæ vigore diffundere; statim omne genus in substantiam suam, sua potestate pertraxit, id est Christianos cunctos fecit esse quod ipse est. (S. Ambros.)

(3) Sic nos qui per totum orbem dispersi et diminuti farina videbamur, vigore passionis Christi adhæsimus; et in ipsius corpus redacti sumus. Omnes enim sumus corpus Christi. (S. Ambros.)

humanidad esa levadura divina? ¡Ah! Esa mujer, dice San Ambrosio, de acuerdo con San Jerónimo, esa mujer es la Iglesia, que después de haber recibido la misión, no ha cesado de emplearse en insinuar en los espíritus y en los corazones la doctrina y la religión de Jesucristo (1).

Según esta explicación, continúa San Ambrosio, podemos comprender también otra parábola que el Señor propuso en estos términos: « Dos mujeres molerán en un molino: la una será tomada, y la otra será dejada » (2). Estas dos mujeres, según San Ambrosio, son: la una la Iglesia, y la otra la Sinagoga (3). Ambas están empleadas en moler el verdadero grano, puesto que tanto la verdadera Iglesia como las falsas, predicán, explican, trituran, es decir, procuran poner al alcance de todos las doctrinas de la Santa Escritura, de los dos Testamentos, la ley de los Evangelios, los escritos de los Profetas y los Apóstoles; pero como sólo la Iglesia verdadera posee á Jesucristo, ella sola también, por la administración fiel de los sacramentos y por la enseñanza de su doctrina, echa el trigo divino de la sangre de Jesucristo en el corazón de los convertidos, y los une (4). También ella sola es la verdadera Rebeca, que cuando ha molido, hace un pan sabroso, digno de servir de alimento al verdadero Isaac. Ella sola hace á los verdaderos cristianos humildes de espíritu, puros de corazón, generosos de sentimiento, desligados de las afecciones del mundo. Ella sola hace cristianos que imitan á Jesucristo, y por consecuencia ella sola tendrá la dicha de ser elevada con su pan hasta Dios Altísimo y presentarle en esas almas convertidas, santificadas y perfectamente puras, un alimento que será agradecido en los cielos (5).

Al contrario, es en vano que la sinagoga, es en vano que las iglesias separadas lean y hagan leer, expliquen y hagan explicar

(1) *Mulier est sancta Ecclesia, quæ quotidie doctrinam Christi in cordibus nostris conatur adscendere. (S. Ambros.)*

(2) *Erunt duæ molentes in mola, una assumetur, altera relinquetur. (Matth., xxiv.)*

(3) *Una est Ecclesia, altera synagoga. (S. Ambros.)*

(4) *Molit Ecclesia per legem, per apostolos, per prophetas cum catechumenos facit, ut emollitos eos in farinae modum, aptos faciat fermento Domini corporis adherere. (S. Ambros.)*

(5) *Una Ecclesia salubriter molit. Assumetur ergo in æternam requiem quæ Dominicum cibum sanctitatis emoluit. (S. Ambros.)*

las Escrituras; es en vano que tengan en los labios y en las manos la Santa Biblia. Puesto que no tienen á Jesucristo con ellas, no pueden disponer de la gracia de su fe, de la gracia de su ley, de la gracia de sus sacramentos; y con las doctrinas predicadas por ellos, no les es posible mezclar á la masa del corazón de los hombres la levadura divina de la unción santa, que sólo puede, bajo la acción del Santo Espíritu, hacerles fermentar y cambiar su condición y su naturaleza. Por eso es inútil que se tomen tanto trabajo en preparar el alimento de las almas (1). Como en lugar del trigo divino no pueden disponer más que del trigo humano, es decir, de motivos, de consideraciones, de razonamientos puramente humanos, que no tienen ninguna fuerza, ninguna acción sobre el corazón de los hombres para cambiarlo, para santificarlo, para unirlo á Dios; como no tienen otra levadura que la de los juicios privados, de las opiniones personales, la del error y el vicio que atrae y corrompe hasta las sanas doctrinas de la Escritura y de la divina palabra; como no tienen para unir á los hombres sometidos á funestas influencias más que la levadura negativa de una oposición común con la verdadera Iglesia, levadura que, en lugar de unir, disuelve y divide ó no produce más que una apariencia de unión precaria, sin solidez y sin realidad, resulta que esas iglesias desgraciadas no forman más que en apariencia un pan coherente, pero en realidad un pan sin cohesión, sin sustancias, sin levadura, sin sabor, que se disuelve y pudre, un pan que Dios no puede aceptar para alimento de su divino corazón. Por eso las desgraciadas mujeres de la sinagoga y de la herejía se fatigan en hacer rodar la piedra de su perfidia y de su mala fe, y jamás harán más que moler sin conseguir la panificación; jamás podrán elevarse de la tierra al cielo; y las desgraciadas, con su pan odioso, aparente, engañoso, preparado para las almas por ellas viciadas, corrompidas, seducidas y engañadas, se verán pasar desde la mansión de la tierra á la del infierno (2).

Pero descendamos aún más en el particular, y veamos en cada

(1) *Molit synagoga; sed inutiliter, per Moysem et prophetas, quia massam suam Christi doctrina non temperat. (S. Ambros.)*

(2) *Relinquetur cruenta synagoga gyrum semper suæ passura perfidiæ. (Ibid.)*

crisiano los maravillosos efectos de la levadura divina, de la gracia de Jesucristo, y de que la Iglesia sola es depositaria, árbitra y dispensadora.

La levadura produce tres efectos naturales en la masa á que se mezcla: 1.º, la transforma en ella misma; 2.º, la dilata; 3.º, la hace sabrosa y saludable; en una palabra, hace el pan, que es el alimento más agradable, más sustancioso y más necesario al hombre.

Por su parte el hombre, inteligencia, corazon y organismo, presenta una triple medida de pensamientos, de afecciones y de operaciones; y así, cuando la industriosa mujer de la parábola, la Iglesia, mezcla con estas tres medidas que son todo el hombre, la levadura de la gracia de Jesucristo (1), produce tres efectos sobrenaturales, tres milagros: 1.º, transforma totalmente al hombre; 2.º, lo eleva y ennoblece; 3.º, lo satisface y hace dichoso.

Primer efecto de la gracia; transforma totalmente al hombre. Y en efecto, la divina levadura no queda circunscrita y limitada en una sola parte del sér humano, penetra en todos sentidos, opera sobre lo intelectual y lo esclarece; opera sobre el corazon y lo limpia y purifica; opera tambien sobre los sentidos y los doma y santifica, y no cesa de obrar hasta que hace fermentar el sér humano por un calor sobrenatural y divino (2). Así introduce en el hombre una nueva forma de pensamientos, de voluntades, de operaciones, de nuevas inclinaciones, gustos, deseos, afecciones é intereses. Destruye, mortifica al hombre de la antigua decadencia, al hombre corrompido, depravado; y sobre sus ruinas edifica, forma el segundo Adán, el hombre regenerado, el hombre santificado, el hombre divino que no vive más que de Dios, en Dios y por Dios. Lo mismo que la levadura transforma la harina en ella misma, y no ella en harina, así absolutamente, el fermentador de la gracia de Jesucristo no transforma á Jesucristo en el hombre, sino al hombre en Jesucristo (3). Así la gracia de Jesucristo y de que el crisiano es investido, penetrado, colmado, es una gracia de fe que corrige la inteligencia, una gracia de amor que purifica el corazon, de fuerza que santifica y

(1) Fermentum quod mulier abscondit in farinae satis tribus. (*Matth.*, XIII.)

(2) Donec fermentatum est totum. (*Ibid.*)

(3) Sicut fermentum totam masam facit esse quod ipsum est.... Sic Christus christianum facit esse quod Christus est. (*S. Ambros.*)

perfecciona el organismo; en una palabra, hace pasar al hombre al órden deífico, sobrenatural, perfecto, y forma de él, segun la expresion de Tertuliano, otro Jesucristo (1). El Apóstol ha dicho: «Hasta que Jesucristo sea formado en vosotros» (2).

En efecto, penetremos con la mirada de la inteligencia en el alma transformada con la levadura de la gracia de Jesucristo. Probemos á adivinar su vida en Dios, vida de misterio invisible en sí misma, que se manifiesta solamente por las obras, y por obras que sólo ella es capaz de producir, y que se manifiesta á las miradas del público por todo lo que es deber, justicia, órden, amor. ¡Espectáculo admirable! Allí están reunidos los tesoros, las riquezas, los encantos de todas las virtudes.

Una fe viva que pone á la inteligencia en posesion de la verdad infinita, verdad que da el sentido práctico de las cosas haciéndolas ver bajo su verdadero aspecto y segun su valor real, y preserva de la desgracia de ser el juguete de las ideas, de los juicios y de las opiniones humanas.

Una esperanza sublime, contra la cual vienen á estrellarse todos los deseos, todas las aspiraciones de la tierra, y que en los arrebatos de sus transportes tiende sin cesar á perderse en los abismos de los cielos.

Un amor de Dios sincero, afectuoso, suave, que cautiva, purifica, inmola todo otro amor, y que no tiende sino á ser siempre más activo y más puro.

Una confianza inquebrantable, porque es independiente de la voluntad de los hombres, de las vicisitudes humanas, y está fundada únicamente sobre el entero abandono del alma en el seno de un Dios esencialmente bueno, afectuoso, todopoderoso, y que á todo acude.

Un temor de Dios todo filial, á la vez tormento y atractivo del corazon que domina, temor que es como el pudor del alma, como la reserva de una esposa, que léjos de excluir la familiaridad, la sostiene, la embellece y la perfecciona.

Una resignacion piadosa en las crueles vicisitudes de la vida, miradas como pruebas pasajeras, como manantiales de mérito, como afectuosas preferencias de parte del Dios crucificado, y cuyo

(1) Christianus fere alter Jesus. (*Tertull.*)

(2) Donec formetur Christus in vobis. (*Galat.*, IV.)

término y recompensa son gracias más abundantes, un amor más perfecto, y los eternos goces.

Una superabundancia de sentimientos generosos y puros que nos acerca á nuestros semejantes, que obliga á tomar parte en sus penas, á endulzarlas, á remediarlas con los cuidados y sacrificios de una tierna é infatigable caridad.

Es, por consecuencia, un hombre que no piensa en el cuerpo más que para mortificarlo, en el mundo solamente para huir de él, en los malos proceder de otro para perdonarlo, en el prójimo para socorrerlo. Un hombre que no abriga un solo pensamiento que no sea santo, un solo deseo que no sea leal, una sola afecion que no sea pura, una sola accion que no sea justa; un hombre que no gusta más que de la oracion, que no tiene ódio más que para el pecado, que no tiene amor más que para Dios, que no tiene interes más que por la gracia, ni deseo más que por el cielo. ¡Oh espectáculo, prodigio, encanto!

En todo esto no hay nada que deba sorprender; es la levadura divina de la gracia, es la caridad de Dios esparcida en el corazón del hombre, el fuego divino lo que ha operado este prodigio de trasformar un vil insecto terrestre, el hombre frágil, material, sensual y corrompido, en un sér espiritual, celestial, divino. Es Jesucristo quien lo ha transformado así para hacer otro Él: *Christianus fere alter Jesus!*

El segundo efecto de la levadura en la masa es dilatarla, hacerla subir; y la gracia tambien levanta al hombre de su pequeñez, lo ennoblece sobre toda la creacion, lo eleva hácia el cielo, lo diviniza.

Las pasiones tienen su lógica inflexible, su buen sentido; y por consiguiente, no pueden tener más que antipatía y desprecio para las personas que están en gracia de Dios, para los siervos de Jesucristo, porque en ellas encuentran su condenacion; no tienen para los verdaderos cristianos más que amargas ironías, ultrajes, calumnias, insultos, y tratarlos de imbéciles é insensatos. El apóstol San Pablo lo sabía bien, que por Jesucristo es menester resignarse á ser tachados de tontos (1). En efecto, la divina piedad no tiene ni puede tener en este mundo otra diadema que una corona de espinas, otro cetro que la cruz, otro

(1) Nos stulti propter Christum. (I, Cor., IV.)

manto que la pobreza, otros honores que los oprobios. Pero ¿qué importa que así sea tratada en este mundo, si es grande, noble y sublime ante Dios?

¡Ah! La verdadera elevacion no se encuentra en lo que es elevado segun la naturaleza, en la jerarquía social, política, civil, material, visible, exterior, sino en la elevacion interior, invisible, sobrenatural de la gracia, del mérito y de la virtud. El nacimiento, la fortuna, el genio no son nada ante Dios. Lo que es algo á los ojos de Dios es la elevacion personal debida á los esfuerzos de una virtud que, en cualquier estado en que nos encontremos reproduce en nosotros una imágen verdadera, un parecido real de la divinidad. Esta elevacion no se obtiene más que por la gracia. La gracia es, dice San Pedro, la que hace descender sobre el alma una emanacion misteriosa, y la prepara á una participacion de la naturaleza divina (1). ¡Qué honor, pues, qué nobleza, qué elevacion, qué grandeza para el hombre que posee la gracia y está poseido en ella! Con un cuerpo semejante en muchas cosas á los brutos, está ligado en parentesco en cierto modo con Dios. ¡Despreciable insecto condenado á arrastrarse sobre la tierra, es el destinado á los cielos! Considerado como cosa divina, es tratado con respeto por los ángeles, contemplado con interes por los santos, mirado con amor por María, tiernamente amado por Jesucristo. Se establece entre él y el Sér infinito una comunicacion íntima de familiaridad y de confianza. Dios es de él como él es de Dios; Dios está en él como él está en Dios. No es solamente la imágen viviente, sino el hermano, el esposo, el hijo bien amado de Dios.

Comprendamos una vez la nobleza de la condicion á que somos llamados como hijos de Dios (2). ¿Por qué, pues, tantos afanes, tormentos, sacrificios y bajezas para obtener los honores del mundo? ¡Honores vanos que no nos dan méritos que no tenemos, que nos hacen más bien odiosos ó ridículos á los ojos de los hombres, al mismo tiempo que no nos elevan á los de Dios! ¡Mentidos honores que halagan el orgullo, hacen desgraciado el corazón! ¡Honores fugitivos, que en el curso de algunos años, tal vez de algunos dias, los arranca la mano inexorable de la

(1) Divinæ consortes naturæ. (I, Petr., I.)

(2) In spe gloriæ filiorum Dei. (Rom., V.)